

CUÉNTAME UN CUENTO¹



Shahrazad, noche tras noche, no para de encadenar todo tipo de historias. Algunas las cuenta ella misma y, otras, los personajes de sus relatos que *cuentan para contarlo*, es decir, para sobrevivir. Narrar la propia peripecia vital es comprender mejor lo que se ha ido viviendo. Que Shahrazad, a lo largo de las *Mil y una noches* en que la muerte se cierne sobre ella, se haya convertido en una experta contadora, le salvará la vida. Al final, Shahrazad le muestra al sultán la evidencia: aquí tienes a tus tres hijos, yo soy su madre, ésta es también tu historia, y, por eso, aquí se acaba este cuento.

HISTORIAS ENCADENADAS:

TENGO NOTICIA, BIENAVENTURADO REY², de que hace mucho tiempo, en época pretérita, hubo en el reino de la China un sastre que, a más de ganarse bien la vida, era amante de la diversión y el canto, y muy dado a salir, en compañía de su esposa, a pasear y solazarse por los más amenos lugares. Pues bien, al volver a su casa cierto día en que habían salido muy de mañana, se encontraron en el camino con un jorobado cuya visión bastaba para suscitar las carcajadas del malhumorado y quitarle las penas al melancólico. El sastre y su mujer se acercaron al hombre para verlo mejor y luego lo invitaron a que los acompañase a su casa para pasar juntos la velada, invitación que el cheposo aceptó. Ya era noche cerrada cuando el sastre fue al mercado, donde compró pescado frito, pan, limones y dulce de leche. Volvió a su casa, sirvió los víveres ante el huésped y empezaron a cenar. La mujer del sastre tomó un buen pedazo de pescado, se lo metió al jorobado en la boca y, mientras se la mantenía tapada con la mano, le dijo: “Tienes que comerte esta tajada de una vez; venga, no tardes”. El cheposo se tragó el bocado pero este traía una recia espina que se le clavó en la garganta y, como había llegado su hora, le ocasionó de inmediato la muerte. (...) El sastre exclamó: “¡No hay ni fuerza ni poder más que en Dios, el sublime, el Grandioso! ¡Pobre hombre! La muerte le ha llegado de nuestra mano...”. La mujer lo reprendió: “¿A qué viene tanto miramiento? (...)”. El marido preguntó: “¿Y qué debo hacer?”. “Levantaos ahora mismo-repuso ella-, tapadlo con un mantón de seda, tomadlo en brazos y saldremos ahora que es de noche. Yo iré delante y vos, detrás, diciendo a grandes voces: ‘¡Aquí llevo a nuestro hijo, junto con mi esposa! ¡Al médico vamos para que nos lo cure!’”. Y así lo hizo el sastre. Salió con el jorobado en sus brazos y echó a andar, mientras su esposa se desgañitaba: “¡Hijo mío, ponte bueno! ¡Dime dónde te duele!

¹ Todos los textos están extraídos de la edición de Salvador Peña: *Mil y una noches*, Trad. de Salvador Peña, Madrid, Verbum, 2016.

² *Op. Cit.*, Vol. I, “El sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano”, Noches 24 y 25, p. 187-190.

¿Cómo te habrá entrado la viruela?”. De modo que, cuando alguien los veía, comentaba: “Llevan a su hijo, que ha contraído la viruela...”. Y así siguieron, preguntando aquí y allá dónde quedaba la casa del médico, hasta que les dieron las señas de uno, judío. Llamaron a la puerta y salió a abrirles una esclava negra. Esta se halló ante un hombre que traía en brazos a un pequeño y venía acompañado de una mujer. “¿Qué pasa?”, preguntó la esclava. “Traemos a nuestro hijo-contestó la mujer del sastre-para que lo vea el médico. Toma este cuarto de dinar, dáselo a tu amo y que baje ahora mismo a ver al niño, que está muy malito”. Cuando la esclava subió, la mujer del sastre se coló en el zaguán y le ordenó a su marido: “Deja aquí al jorobado y salgamos por piernas ahora mismo”. El sastre puso el cuerpo en el suelo, lo apoyó contra la pared y salió a toda prisa acompañado de su mujer.

La esclava, por su parte, entró donde se hallaba el médico judío y le dijo: “Abajo hay un hombre con su mujer, traen a un enfermo y me han dado un cuarto de dinar para que bajéis y lo tratéis”. Satisfecho con el cuarto de dinar, el judío bajó a toda prisa, en la oscuridad, y no más llegar a la planta baja tropezó con el cadáver del jorobado. Exclamó: “¡Por el Santo, por el Señor, por Moisés y los Diez Mandamientos, por Aaron, por Josué hijo de Nun...! He tropezado con este paciente que, a resultas de ello, ha muerto... ¿Cómo haré para sacar el cadáver de casa?”. Cargó con él, subió adonde su esposa y le contó lo ocurrido. La mujer lo azuzó: “¿Y qué hacéis ahí parado? ¡Si sigue ahí cuando se haga de día, estamos perdidos! Vamos a subirlo a la azotea y desde allí lo arrojaremos a casa de nuestro vecino, el musulmán, porque, como es quien administra las despensas y la cocina del sultán, en su casa entran a menudo los gatos, para comerse los restos de comida que ahí guarda y los ratones que nunca faltan y, además, a lo largo de la noche seguro que por las azoteas vecinas se colarán perros que darán buena cuenta de él.”. De modo que el judío y su esposa subieron a lo alto de la casa con el cadáver del jorobado, que arrojaron, soltándolo de pies y manos, al suelo, donde cayó de pie contra un muro. Hecho esto, volvieron a bajar.

Y no llevaba mucho tiempo el cadáver del giboso donde cayó cuando el despensero llegó a su casa. Abrió la puerta, y ya iba a subir las escaleras provisto, de una vela encendida, cuando vislumbró a un individuo parado a un rincón, al lado de la cocina. El despensero se dijo: “¿Cómo es eso? ¡De modo que quien nos roba la carne y la manteca es un descendiente de Adán...! ¡Y yo esforzándome por esconderlas de perros y gatos! Ya puedo matar yo a todos los animales del barrio, incurriendo con ello en un pecado contra los pobres bichos, si luego se nos cuele este bajando desde la azotea...”. Con una maza le asestó un golpe al cadáver, que se le vino encima; le dio por segunda vez, ahora en el pecho, y el cuerpo se desplomó. El despensero, creyendo que le había ocasionado la muerte, exclamó conmovido: “¡No hay fuerza ni poder más que en Dios!”, y enseguida, temiendo por sí mismo: “¡Dios maldiga la manteca, la carne y esta noche entera! ¿Cómo ha podido venirle la muerte a este hombre por mi mano?”. Se quedó mirando el cadáver y, al verlo contrahecho, le espetó: “No tenías bastante con la chepa, ¿eh? Encima tenías que ser un ladrón de carne y de manteca (...)”. Y, sin esperar más, se echó el cadáver a los hombros y salió de su casa, cuando ya la noche estaba muy avanzada. No paró de caminar hasta llegar al comienzo del mercado; una vez allí dejó el cadáver al lado de una tienda, al comienzo de un callejón sin salida, y se marchó.

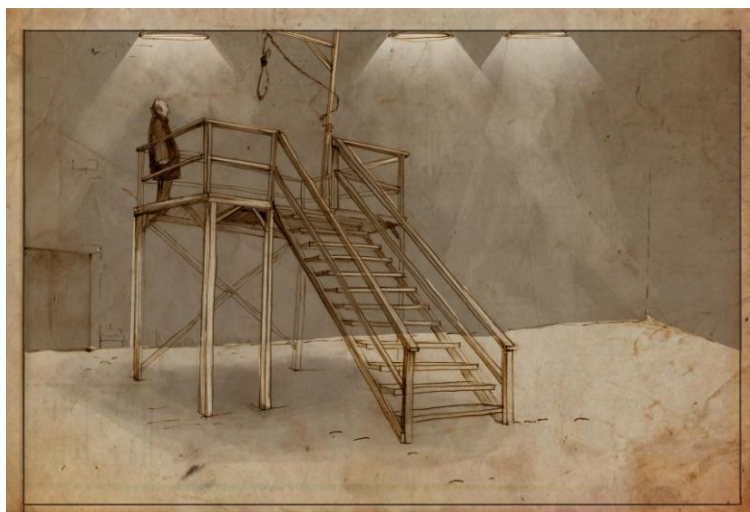
En esto un cristiano, que era comisionista del sultán y venía borracho, salió en dirección a los baños. Los efluvios de la bebida hablaban por él: “Es casi la hora de laudes y la capilla no está lejos...”, mientras avanzaba zigzagueante. Llegó así hasta donde el jorobado y allí se paró a orinar, delante mismo del cadáver. De pronto se dio cuenta de que había alguien más. Y, como quiera que esa noche, hacía unas horas, le habían quitado el turbante, pensó, al ver al jorobado,

que este quería arrebatarse el que ahora llevaba puesto. Cerró con fuerza el puño y le asestó al jorobado un buen golpe en el cuello, que dio con él por tierra. El cristiano empezó a llamar a voces al sereno y, aún bajo los efectos de la bebida, se lanzó sobre el cadáver, al que siguió propinando puñadas y luego trató de estrangular. Llegó entonces el sereno y se encontró con un cristiano moliendo a palos a un musulmán. Preguntó, pues: “¿Qué pasa ahí?”. El cristiano repuso: “Este ha querido quitarme el turbante”. “¡Déjalo ahora mismo!”, le ordenó el sereno. El comisionista se separó del cuerpo inerte, el sereno se acercó y comprobó que se trataba de un cadáver. (...)

El cristiano y el jorobado pasaron lo que quedaba de noche en las dependencias del gobernador. A la mañana siguiente ordeno este al verdugo que pregonase el crimen, plantase la horca y pusiera debajo al cristiano. El verdugo se acercó al comisionista, le colocó la soga alrededor del cuello, y ya se disponía a colgarlo cuando llegó el despensero del sultán, quien, al ver al cristiano parado bajo el palo de la horca, se abrió paso entre la gente y le dijo al verdugo: “¡No sigas! ¡Yo fui quien lo mató!”. El gobernador le preguntó: “¿Y por qué lo mataste?”. “Entré anoche-dijo el despensero-en mi casa y lo vi bajar de la azotea, por un canalón, para robarme; lo golpeé con una maza en el pecho y murió. Luego me lo eché a la espalda y vine al mercado, donde lo dejé, en el callejón que sabéis. (...) Cuando el gobernador hubo oído estas palabras, mandó soltar al cristiano comisionista y le dijo al verdugo: “Ahorca a este, que ha confesado”. El verdugo le retiró al cristiano la soga y se la puso al cuello al despensero, a quien había colocado ya bajo el palo del cadalso. Iba, pues, a ejecutarlo de inmediato cuando el médico judío se abrió paso entre la gente y le gritó al verdugo: “¡No sigas! ¡Fui yo quien lo mató! Lo trajeron a mi casa, muy enfermo, para que le administrase un remedio, bajé a verlo, tropecé con él y murió del puntapié que se llevó. No matéis, pues, al despensero, sino a mí. (...)” El gobernador dio la orden de ejecución del médico judío. El verdugo le retiró al despensero de palacio la soga y se la puso al médico en el cuello. Pero entonces llegó el sastre, quien se abrió paso entre la muchedumbre y, dirigiéndose al verdugo, gritó: “¡No sigas! El homicida soy yo. Pasé el día dando un largo paseo, y a la hora de la cena me encontré con el giboso, achispado y cantando muy alegre con su pandero. Lo escuché un rato y luego me lo llevé a casa. Compré luego pescado y nos sentamos a comer; mi mujer le cortó una tajada, le hizo un buen bocado con pan y se lo metió en la boca. El pobre se atragantó y murió al punto. Mi mujer y yo lo llevamos a casa del judío. Salió a abrirnos la esclava y le dije: ‘Dile a tu amo que en la puerta hay una mujer y un hombre que traen a un enfermo, y que baje a verlo para recetarle algún remedio’. Le di un cuarto de dinar y, cuando ella se fue en busca de su señor, dejé al giboso a un lado de la escalera y nos marchamos mi mujer y yo. Entonces bajó el judío, debió de tropezar con él y creyó haberle dado muerte con el golpe que se llevó”. (...) Muy admirado con cuanto al jorobado le había ido ocurriendo, el gobernador exclamó: “¡Este es un suceso de los que pasan a los anales!”, y enseguida, dirigiéndose al verdugo: “Suelta al judío y ahorca al sastre por lo que ha confesado”. El verdugo se adelantó y rezongó: “Soltamos a uno, lo cambiamos por otro y, al final, no ahorcaremos a nadie...”, mientras le ponía la soga al cuello del sastre. (...) En cuando al jorobado, sépase que, según se decía, era la diversión del rey, y que este no podía pasar sin él. Lo que había ocurrido es que el jorobado se emborrachó y estuvo ausente de palacio aquella noche y la mañana del siguiente día. El rey preguntó por él a sus cortesanos, que le respondieron: “Majestad, el gobernador se ha hecho cargo de su cadáver y ha ordenado que ahorquen a quien lo mató; el gobernador ha asistido a la ejecución, pero se le han presentado unos cuantos más, que han dicho, uno tras otro: ‘Yo soy quien lo mató’, y le han contado al gobernador las circunstancias del crimen”. Al oír esto, el rey se dirigió a grandes voces a su chambelán: “¡Vete adonde el gobernador y tráemelos a todos!”. (...) El chambelán informó al

gobernador de que la causa pasaba a la jurisdicción regia, y, acompañado del gobernador, del cadáver del jorobado en unas andas, del sastre, del judío, del cristiano y del despensero, volvió a la presencia de su señor. No bien se vio el gobernador ante el soberano, se echó al suelo para besarlo y le contó cuanto había ocurrido. Asombrado quedó el monarca con aquella historia, y, muy impresionado, mandó que la escribiesen con pan de oro.

- a. ¿Cuántas historias hay en este cuento? Explícalas.
- b. Busca en el texto sinónimos de la palabra *jorobado*.
- c. La historia empieza como una broma pesada pero acaba muy en serio. Copia alguno de los fragmentos cómicos del cuento. Después copia fragmentos que tengan que ver con la burla. Luego diferencia entre burla y comicidad. ¿Crees que la historia tiene más de burlesca o de cómica? Razona tu respuesta.
- d. ¿Cómo va cambiando el jorobado a lo largo del cuento? ¿En qué lo transforman el sastre y su mujer? ¿Qué creen luego que es el judío, el despensero y el comisionista? ¿En qué medida cada uno de ellos se sugestionan y cree ver lo que no es?
- e. Los personajes del cuento son personajes tipo, ¿por qué?
- f. ¿Por qué este cuento tiene la estructura de un *cuento de nunca acabar*? ¿Qué importancia tienen las repeticiones? Consulta en el siguiente enlace el cuento de “El queso, la vieja y el viejo” y compáralo con el de “El sastre, el jorobado, el judío, el despensero y el cristiano”. ¿Serías capaz de escribir uno similar?:
<http://adigital.pntic.mec.es/~aramo/lectura/lecpeq24.htm>
- g. PARA AMPLIAR: Lee en el siguiente enlace el cuento de “El ahogado más hermoso del mundo” de Gabriel García Márquez y explica cómo se va transformado el cuerpo del ahogado por la mirada de las gentes del pueblo:
<http://www.literatura.us/garciamarquez/ahogado.html>



Ali el Persa le refiere al sultán Harún Arrashid la historia del litigio entre él y un curdo por una talega, una historia de historias y un buen ejemplo de *cuento de nunca acabar*³:

Hace unos años partí de esta mi ciudad, o sea de Bagdad, acompañado de un mozo y con una vistosa talega. Llegamos de ese modo a una ciudad para nosotros desconocida. Y, mientras estaba yo ocupado en mercadear, hete aquí que un curdo malcarado y agresivo se me vino encima y me arrebató la talega diciendo a voz en grito: “¡Esta talega es mía. y cuanto contiene me pertenece!”. Yo exclamé a mi vez: “¡Libradme, musulmanes, del más odioso abusador!”. Quienes por allí habían dijeron a una: “¡Presentaos ante el juez y aceptad de buen grado su veredicto!”. Y eso fue lo que hicimos, comparecer ante el juez, cuya decisión estaba yo bien dispuesto a acatar. Así que hubimos entrado y comparecido ante él, nos preguntó el juez: “¿Qué es lo que hasta mí os trae, cuál es vuestro caso?”. Yo repuse: “Acudimos para que decidáis sobre nuestro litigio, bien dispuestos a aceptar vuestra decisión”. El juez preguntó entonces: “¿Quién de vosotros es el demandante?”.

El curdo dio un paso al frente y dijo: “Dios asista a nuestro señor el juez. Esta talega en mía, y cuanto en ella hay me pertenece; la perdí y la encontré en poder de este hombre”. (...) El juez: “Bien, pues ya que sois su dueño, seréis capaz, sin duda, de detallarnos el contenido de la talega”. El curdo: “¡Por supuesto! En mi talega hay un tarro de kohl, junto con dos aplicadores de plata y un pañuelo de manos; puse también ella dos borlas y dos candelabros, y, además, contiene dos aposentos, dos salas principales, dos cuartos en el altillo, un almohadón, dos tapetes, dos jofainas, una bandeja, dos bacías, un frasco, dos tinajas, un cucharón, una aguja saquera, una gata y dos perras, una escudilla de las grandes, dos sacos, un jubón, dos pieles, una vaca y dos terneros, una cabra y dos chivitos, una oveja y dos pellejos, dos tiendas de campaña de color verde oscuro, un camello macho y dos hembras, una búfala, dos toros, una leona y dos zorros, una colchoneta y dos lechos, un palacio y dos recibidores, una galería y dos salones, una cocina con dos puertas, amén de un nutrido grupo de curdos que darán fe de que la talega es mía”.

El juez se dirigió luego a mí: “Y vos, ¿qué tenéis que decir a eso?”. Yo entonces (...) di un paso al frente, atónito por las palabras del curdo, y dije: “(...) En esa mi talega lo único que llevo es una casilla derruida y otra sin puerta, amén de un cubículo para perros; llevo, además, una escuela coránica para los mozuelos y unos cuantos de estos jugando a los dados; pabellones de campamentos con sus cabos, Basora, Bagdad y el alcázar de Shaddad hijo de Ad; así como un fuelle de herrero y una red de pesca, un bastón, unas cuantas estacas, chiquillos, chiquillas, y, desde luego, una congregación de generales dispuestos a dar fe de que la talega es mía y nada más que mía”.

(...) Muy desconcertado por mis palabras quedó el juez, quien dijo: “A mí lo que me parece es que sois un buen par de cenizos los dos, quién sabe si hasta de herejes, que osáis burlaros de la judicatura y la administración pública, sin tener por ello la reprobación de nadie. Y lo digo porque nadie ha descrito nada semejante, ni tiene de ello noticia, ni ha habido quien soltara esa retahíla de embustes, porque bien sabe Dios que ni desde la China hasta donde crecen las acacias que muchos llaman el árbol de Umm Galián, ni desde los confines de Nigeria y Wadi Numán al más remoto extremo del Jorasán no cabría todo eso que habéis dicho. ¿Quién puede creerse vuestras declaraciones? ¿Acaso es esa talega un mar sin fondo, o el mismísimo día del

³ *Op. Cit., Vol. II, “Ali el Persa”, Noche 295 y 296, p. 254-256.*

Juicio, cuando los justos y los pecadores todos habrán de reunirse?”. Dicho lo cual, mandó el juez que abrieran la talega, y, cuando así lo hicieron, quedó de manifiesto que no contenía más que un pan, un limón, un cacho de queso y un puñado de aceitunas. Tomé la talega, se la entregué al curdo y me marché.

- a. ¿Qué es una talega y qué cosas de las enumeradas por los dos personajes podría contener?
- b. ¿Por qué el curdo responde a la pregunta del juez así?
- c. ¿Por qué Ali le sigue la corriente?
- d. ¿Cómo podría la talega contener un palacio? Quizás la lectura de las distintas versiones del cuento de la lechera te ayude a contestar a esta última pregunta.



VERSIONES:

A menudo los cuentos, cuya transmisión era oral, se cuentan de más de una manera, tienen más de una versión, como los que te presentamos:

“Soñó⁴ mi ama una noche que un cazador plantaba una red, esparcía alrededor granos de trigo y se sentaba a esperar. Acudieron en tropel aves de todas las clases, entre ellas una pareja de tórtolas, macho y hembra. Y vio luego en su sueño la princesa que al macho se le enganchaba una pata en la red y trataba en vano de soltarse, mientras las demás aves salían huyendo. La hembra, su pareja, sin embargo, volvió a él, quedó a la espera, sobrevolando el lugar, y, en un descuido del cazador, agrandó con el pico el ojo de la red en que había quedado atrapada la pata del tórtolo. Y no paró de tirar la hembra hasta que el macho se soltó y pudieron ambos emprender el vuelo juntos. Volvió luego el cazador, reparó la red y se sentó a esperar, algo más retirado que antes. Al poco volvieron las aves, y fue ahora la hembra quien quedó atrapada. Salieron huyendo todas, incluido el tórtolo, que no regresó para socorrer a su pareja. Vino el cazador, agarró a la tórtola hembra y la degolló. La princesa Dunia despertó aterrorizada por su sueño y dijo: ‘Así son todos los machos, egoístas y desleales, incluidos los humanos varones, quien nada bueno pueden ofrecer a las mujeres’”.

⁴ *Op. Cit., Vol. I, “Aziz y Aziza”, Noche 134, p. 473. Lo mismo sucede en el Vol. III, “Ardashir y Vida de Almas”, Noche 724, p. 408.*

La princesa Dunia encuentra la explicación del sueño en unas pinturas de su jardín que representan la escena⁵:

“(…) mientras el cazador degüella a la tórtola hembra, al macho, que volvía para salvarla, lo alcanza una fiera que lo va a devorar”.

- a. ¿Cuál es la primera interpretación que da la princesa Dunia a su sueño?
- b. ¿Cuál es la interpretación que puede dar ahora al saber lo que le había ocurrido a la tórtola macho?
- c. El cuento de Bernardo Atxaga “El criado del rico mercader⁶”, inspirado en las *Mil y una noches*, también se basa en un malentendido. Consulta el siguiente enlace, en el que encontrarás asimismo otras versiones del cuento, y explica cuál es ese malentendido y si el criado logra al final zafarse de la muerte:
<http://ficus.pntic.mec.es/~jmas0085/atxaga.htm>
- d. ¿Qué relación tienen los siguientes versos⁷ con “El criado del rico mercader”?:

Nuestros pasos están todos escritos
y previsto el camino que seguimos.
Quien la muerte en un sitio ha de encontrar
en ningún otro quiera agonizar.

El cuento de la lechera:

EN CUANTO A MI QUINTO HERMANO⁸, sepa el Comendador de los Fieles que se quedó sin orejas porque se las cortaron. Era un hombre muy pobre, que pedía de noche y se gastaba de día todo cuanto le daban. No he dicho hasta ahora que nuestro padre, persona muy venerable, nos había dejado setecientos dírhamms en herencia, de manera que a cada uno de nosotros le correspondieron cien. Cuando este hermano mío, el quinto como digo, recibió lo suyo, quedó muy desconcertado y sin saber qué hacer. Pero se le ocurrió que podía comprar cristal y venderlo para ganar más dinero. Y a ello se aplicó, en efecto. Se gastó sus cien dírhamms en distintos objetos de cristal que colocó sobre una gran canasta y él se sentó al lado, con la espalda apoyada en la pared. Así, acomodado, dejó volar su imaginación: “Tengo un capital de cien dírhamms invertido en todo este cristal; lo venderé por doscientos, que invertiré de nuevo en más cristal, y sacaré cuatrocientos. Pero no me contentaré con tan poco, sino que seguiré comprando y vendiendo hasta hacerme con una cantidad considerable de dinero, de la que me serviré para hacerme con cuantas mercaderías me sea posible: perfumes y todo lo demás, que me llevarán a amasar una gran fortuna. Podré entonces tener una casa lujosa, esclavos y caballos con sillas

⁵ *Ibidem*, p. 476.

⁶ ATXAGA, Bernardo, “El criado dl rico mercader”, *Obabakoak* (1995), Barcelona, Ediciones B, 1997, p. 255.

⁷ *Op. Cit.*, Vol. IV, Noche 1001, p. 489.

⁸ *Op. Cit.*, Vol. I, “El quinto hermano del barbero”, Noche 31 y 32, p. 231-233.

repujadas en oro; comeré y beberé cuanto quiera, y no habrá cantante alguna en la ciudad a quien no pueda traer a mi casa para oír su melodiosa voz”. Todo esto pensaba mi hermano, con la canasta de cristal ante sí.

Y aún siguió haciendo planes: “Pondré a trabajar a todas las casamenteras para que me busquen novia entre las hijas de príncipes y mandatarios, y me casaré seguramente con la hija del ministro, de cuya portentosa belleza he tenido noticia. Mil dinares en oro ofreceré por ella. Que a su padre le parece bien, hecho y todos contentos; que no, tanto da, pues me la llevaré a la fuerza, mal que le pese al ministro. Y, cuando sea el amo de una gran casa, me compraré diez criados de corta edad, y vestiré ropajes regios, y tendré una silla de montar de oro con piedras incrustadas. Me desplazaré a lomos de mi corcel, rodeado de mis mozos y espoliques. Y no bien me vea el ministro se levantará zalamero, me hará sentar en su sitio y él se acomodará en un puesto más bajo, a título de suegro mío. Como siempre iré acompañado de dos fámulos provistos de sendas bolsas, cada una con mil dinares, le haré al ministro entrega de los mil dinares en compensación por su hija, y a él le ofreceré los otros mil como muestra de mi consideración, para dejarle bien clarito que soy un hombre como Dios manda, desprendido y capaz de reírse del mundo entero. Me iré luego a mi casa y, si viene a verme alguien de parte de mi mujer, le daré unas monedas de plata y le regalaré alguna de las prendas que lleve yo encima. Y, si al ministro se le ocurre enviarme un regalo, se lo devolveré, por valioso que sea, y me negaré a aceptárselo para que sepan cuánto me precio de mí mismo y en qué alta estima me tengo. Les permitiré que sean ellos quienes me homenajeen en la medida en que mi valía lo exige, y luego los autorizaré a celebrar los esponsales. Adornaré entonces mi casa como convenga, y durante la ceremonia de exposición de la novia, llevaré puestas mis mejores galas y me sentaré en un sitial de brocado, donde permaneceré estático, sin mirar a uno y otro lado, en razón de mi gravedad, inteligencia y señorío. Llegará la novia, cual luna llena, con sus joyas y sus túnicas y, como resultará evidente que no me la quedará mirando con pasmado embeleso, todos los circunstantes me dirán: “Señor, vuestra mujer y sierva está parada ante vos; dedicadle siquiera una mirada, pues permanecer de pie tanto tiempo puede serle perjudicial”. Después de haberme hecho este ruego, besarán varias veces el suelo ante mis pies, y solo entonces me dignaré a lanzarle a la novia una rápida ojeada, tras la cual quedaré cabizbajo y circunspecto. Se la llevarán y yo me levantaré para cambiarme de ropa y ataviarme con mis más fastuosas galas. Cuando me traigan a la novia por segunda vez, me abstendré otra vez de mirarla hasta que me lo hayan rogado y suplicado. La miraré entonces un instante y volveré a bajar la cabeza, y así permaneceré durante toda la ceremonia”. (...) Y así siguió el infeliz desorejado dando curso a su imaginación: “Luego volveré a bajar la cabeza, y así permaneceré hasta el final de la exposición y desvelamiento. Entonces mandaré a algún criado que reparta una bolsa de quinientos dinares entre las peinadoras, a quienes ordenaré que lleven a la novia a la cámara nupcial. Cuando la tenga delante, no la miraré ni le dirigiré palabra, en claro desdén a su persona, para que sepa cuánto me precio de mí mismo. Tendrá que venir su madre, besarme la cabeza y las manos y decirme: “Mirad, señor a vuestra sierva, que tanto desea estar a vuestro lado: dedicadle una palabra que le devuelva la confianza”. Pero, como no le daré respuesta, mi suegra hará denodados esfuerzos por granjearse mi simpatía a base de incesantes reverencias y muestras de sumisión (...) La joven me traerá una copa de vino, de la que querrá darme a beber. Pero yo, que estaré reclinado en un almohadón bordado en oro, la dejaré ahí parada, como un pasmarote, sin mirarla siquiera, en razón de mi dignidad y magnificencia, hasta que, viéndome ya la doncella como a un poderoso monarca, me diga: (...) “Bebed, os lo suplico”, mientras me acerca la copa a los labios. Pero entonces mi mano caerá sobre su cara, para cruzársela y rechazar con un terminante gesto, como este, su tentativa de congraciarse conmigo”. Y,

mientras esto se decía para sus adentros, soltó mi hermano una patada que vino a dar con la canasta en el suelo. Todo su contenido se hizo añicos. Visto lo cual, aún se dijo mi hermano: “¡Véase hasta dónde llegan mi grandeza y señorío!”.

- a. Relata los planes que hace el quinto hermano del narrador.
- b. ¿Cómo va cambiando la forma de ser del desorejado a medida que crece su fingida fortuna?
- c. ¿En qué punto sus planes dejan de ser planes para ser “castillos en el aire”?
- d. Consulta http://www.materialesdelengua.org/LITERATURA/TEXTOS_LITERARIOS/CUENTOS/contar/lechera.htm para ver otras versiones del mismo cuento. ¿Qué nos enseña? ¿Qué significa “Más vale pájaro en mano que ciento volando”? ¿Y “La avaricia rompe el saco”?



En las *Mil y una noches* aparece, asimismo, otra versión del anterior cuento: “El asceta que se volcó grasa en la cabeza”⁹:

“Pues hubo, majestad-COMENZÓ A RELATAR EL MINISTRO-, un asceta al que un noble de cierta ciudad tenía asignada la ración diaria de tres panes con un poco de grasa y miel. El asceta fue llenando una jarra con la grasa, que era muy cara en aquel lugar, y cuando la hubo colmado, tuvo la precaución de colgarla del techo. Y estaba el hombre una noche sentado en su lecho, con el bastón en la mano, pensando en la grasa que había juntado y lo cara que estaba: ‘Lo que tengo que hacer-se dijo-es vender toda la grasa que he juntado y, con lo que saque, comprar una oveja y asociarme con un granjero para que la críe. El primer año parirá la oveja un macho y una hembra, y el segundo, una hembra y un macho; de modo que, antes que me dé cuenta, tendré un rebaño entero. Me llevaré entonces mi parte, la venderé y me compraré ese terreno que tanto me gusta, donde pondré una huerta y haré que me levanten un gran alcázar. Me compraré ropa de la mejor, así como lujosas telas, esclavos y doncellas, y me casaré con la hija de cierto mercader que yo me sé. La celebración de la boda será lo nunca visto: mataré varias ovejas, serviré

⁹ *Op. Cit.*, Vol. IV, “El asceta que se volcó grasa en la cabeza”, Noche 902, p. 254-255.

suculentos platos y dulces, y no faltarán las garrapiñadas; contrataré bufones, saltimbanquis y músicos; lo llenaré todo de flores, ramilletes de olor y toda clase de hierbas aromáticas; invitaré a ricos y a pobres, a dignatarios y capitostes, y a cada uno le haré servir lo que desee; ofreceré toda clase de comidas y bebidas, y mandaré que uno vaya entre la gente diciendo: ‘Si alguien quiere algo, que lo diga y lo tendrá’. Cuando me desvelen a la novia, consumaré el matrimonio y podré gozar de su exquisita belleza. Comeré, beberé, me emocionaré con la música y a mí mismo me diré: ‘Ya tienes lo que tanto habías deseado; puedes ya descansar de ascetismo y vida consagrada’.

Quedará luego mi mujer en cinta y me dará un varón, cuyo nacimiento festejaré con espléndidos banquetes; mi hijo crecerá entre mimos y, cuando tenga la edad, le daré la mejor formación en ciencia sagrada, letras y álgebra; conseguiré que alcance fama, lo que me permitirá lucirme entre los personajes con quienes me codearé. A mi hijo y heredero le ordenaré que sea persona de principios y él nunca me dejará en mal lugar; le prohibiré que lleve una vida de disolución y pecado, recomendándole, por el contrario, el temor de Dios y el ejercicio de la beneficencia. De mí recibirá los más suntuosos obsequios, y cuanto más lo vea conducirse según mis instrucciones, más regalos le haré. Pero, eso sí, como le vea apartarse lo más mínimo del buen camino, lo escarmentaré con este bastón’, y, mientras esto pensaba, alzó el palo para disciplinar a su hijo y fue a darle de lleno a la jarra que tenía colgada del techo, y se hizo pedazos. Le cayeron estos al asceta sobre la cabeza y se derramó la grasa, llenándole los vestidos y la barba, de modo que no quedó precisamente en condiciones de escarmentar a nadie...Por eso digo, majestad, que no conviene hablar de nada antes de que se realice”.

- a. ¿Es el personaje realmente un *asceta*? ¿Por qué? ¿Cuáles son las cualidades que debería tener un asceta?
- b. ¿Qué aspectos tienen en común todas las versiones del cuento que has leído? ¿En qué se diferencian?
- c. Escribe tú ahora una nueva versión del cuento.

Jorge Luis Borges recoge en *Historia universal de la infamia* (1935) el cuento “Historia de los dos que soñaron¹⁰”. A continuación, puedes leer el de las *Mil y una noches* titulado “La ruina de cierto bagdadí¹¹”:

Y ASIMISMO CUENTAN-prosiguió Shahrazad- que cierto bagdadí que vivía en la abundancia perdió toda su riqueza, y tan mala llegó a ser su situación que, para haber de qué comer, tenía que esforzarse con denuedo. Una noche se acostó abrumado por sus cuitas y soñó que alguien le decía: “Vete a El Cairo pues allí está tu sustento”. El bagdadí emprendió, pues, viaje en dirección a El Cairo, adonde llegó caída ya la tarde, por lo que se acogió, para dormir, a una mezquita. Y dispuso, Dios, el Supremo, que una banda de ladrones se hallase en aquella mezquita para asaltar desde allí cierta casa cercana. Pero los ladrones despertaron a los habitantes de la casa y estos prorrumpieron en tales gritos que acudió el mismo corregidor con

¹⁰ BORGES, Jorge Luis, “Historia de los dos que soñaron”, *Obras completas. Vol. I*, Barcelona. Círculo de Lectores, 1992, p. 370-371

¹¹ *Op. Cit., Vol. II*, “La ruina de cierto bagdadí”. Noches 351 y 352, p. 347.

sus guardias y estos ahuyentaron a los malhechores. Entró entonces el corregidor en la mezquita y se encontró con el bagdadí. Lo detuvo, le administró un duro castigo de azotes y lo encarceló. Al cabo de tres días el corregidor le hizo comparecer ante sí y le preguntó: “¿De dónde eres?”. “De Bagdad”, repuso el malhadado forastero. “¿Y por qué has venido a El Cairo?”. “En sueños oí una voz que me dijo: ‘Vete a El Cairo que allí está tu sustento’. Y así ha sido: nada más llegar me he encontrado con el sustento anunciado, en forma de latigazos que gracias a vos he conseguido en abundancia’. El corregidor se rio tanto que dejó que se le vieran hasta las primeras muelas, y le dijo: “¡Qué pocas luces tienes! Tres veces he oído yo en sueños una voz que me ha dicho: ‘En Bagdad hay una casa-y siempre me da las señas y me la describe en detalle-en cuyo patio hay un vergel con una fuente, debajo de la cual hay un gran tesoro; no tienes más que ir y hacerte con él’, y no por eso se me ha ocurrido irme a Bagdad. Pero tú sí que has sido lo bastante insensato como para emprender un largo viaje solo por un sueño”. Dicho esto, le dio unas monedas de plata y añadió: “Úsalas para volver a tu tierra”. (...) Y así hizo el hombre, volver a Bagdad, a su casa, que era la misma que el corregidor le había descrito. Nada más llegar, cavó bajo la fuente y se encontró con una gran suma de dinero. Dios, pues, le había facilitado el sustento gracias a una extraordinaria coincidencia.

- a. Explica el significado de las palabras subrayadas en el texto: *con desnudo, cuitas y corregidor*.
- b. ¿Cuántos personajes sueñan en el cuento?
- c. ¿Estaba la fortuna del bagdadí realmente en El Cairo? Razona tu respuesta.
- d. Consulta el siguiente enlace y explica las diferencias y similitudes entre el cuento que aquí te hemos presentado y el de Borges:
<http://ficus.pntic.mec.es/~jmas0085/jorgeluisborges.htm#HISTORIA%20DE%20LOS%20DOS%20QUE%20SO%20C3%91ARON>



PARECIDOS RAZONABLES:

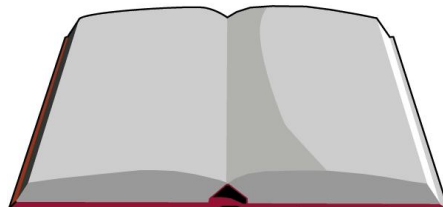
Como las historias contenidas en las *Mil y una noches* han llegado hasta nuestros días, por el camino, han ido dejando su impronta y, por eso, otras historias de la literatura universal las evocan, se inspiran en ellas o tienen con ellas algún parecido razonable...

El sabio¹², pues, entró donde el rey y se paró ante él, con un libro viejo y un frasquito de perfumista en el que había unos polvos. Royán se sentó y dijo: “Traedme un plato”. Se lo trajeron y el sabio volcó en él los polvos, que extendió con cuidado. Entonces, dirigiéndose al rey, dijo: “Tomad este libro, majestad, pero no hagáis nada antes de cortarme la cabeza. Cuando me la hayáis cercenado, poneda en este plato y ordenad que la restrieguen bien contra estos polvos; con ello se cortará la hemorragia. Luego abrid el libro”. El rey ordenó que le cortaran la cabeza al sabio. El verdugo se levantó y le dio un tajo en la nuca; luego tomó la cabeza, la colocó en un plato y la restregó contra los polvos. En ese instante volvió en sí la cabeza del sabio Royán y dijo: “Ahora puede abrir el libro vuestra majestad”. El soberano fue entonces a abrirlo, pero se encontró con que las hojas estaban pegadas unas con otras. Se puso, pues, el dedo en la boca, se mojó la punta con la saliva, y fue pasando las hojas una a una: la primera, la segunda, la tercera, que solo pudo ir despegando con esfuerzo. Cuando llegó a la sexta hoja, sin haber encontrado escritura de ninguna clase, exclamó: “¡Aquí no hay nada escrito, sabio!”. “Seguid hojeándolo un poco más”, dijo el decapitado. Así lo hizo el rey. Y, apenas había despegado otras tres hojas, el veneno con que estaba el libro untado se le propagó por el cuerpo.

En la obra de Umberto Eco *El nombre de la rosa*, Guillermo de Baskerville y Adso de Melk son los encargados de desentrañar los misteriosos crímenes cometidos en una abadía benedictina. Jorge de Burgos, el antiguo bibliotecario, idea una treta para evitar que se lea un determinado libro¹³:

-¡Entonces no es cierto que me consideres tan perspicaz, Jorge! Tú no lo ves, pero llevo guantes. Con este estorbo en los dedos no puedo separar un folio de otro. Tendría que quitármelos, humedecerme los dedos en la lengua, como hice esta mañana cuando leía en el scriptorium y de golpe comprendí también este misterio, y debería seguir hojeando el libro así hasta que mi boca hubiera recibido la cantidad adecuada de veneno. Me refiero al veneno que un día, hace mucho tiempo, robaste del laboratorio de Severino, quizás porque ya entonces estabas preocupado tras haber oído a alguien en el scriptorium manifestar su interés por el finis Africae o por el libro perdido de Aristóteles, o por ambos a la vez.

a. ¿En qué parte del Quijote aparece también una cabeza parlante? Resume el episodio. Consulta: <http://cvc.cervantes.es/literatura/clasicos/quijote/>



¹² *Op. Cit., Vol. I*, “El príncipe y la hembra de gul”, Noche 5, p. 79.

¹³ ECO, Umberto, *El nombre de la rosa*, Barcelona, RBA, 1992, p. 442.

En las *Mil y una noches* aparece repetidas veces la figura de la alcahueta¹⁴. Compara lo que sucede en este texto con lo que ocurre en la *Celestina* entre Calisto, la tercera y Melibea. Consulta para ello:

<http://roble.pntic.mec.es/msanto1/lengua/1celeste.htm>

Tan enfermo llegué a estar que no fueron pocos los que llegaron a interesarse por mi estado; entre ellos, cierta anciana, quien, no más poner sobre mí los ojos, comprendió la verdad del caso. Se sentó a mi cabecera, me acarició y dijo: “Decidme, mozuelo, ¿qué os pasa?”. Se lo conté y ella exclamó: “¡Acabáramos! Esa es, niño mío, la hija del juez principal de Bagdad, que la tiene a buen recaudo. El sitio donde la visteis es el piso donde tiene sus habitaciones, mientras que su padre ocupa la planta principal. Está sola y yo frecuento la casa. Sabed que yo, y nadie más que yo, puede mediar para que tengáis un encuentro con la moza. ¡De modo que ya os estáis recuperando!”. Estas palabras me infundieron ánimos (...) La anciana no tardó mucho en volver a visitarme. Y cuando la tuve ante mí, me dijo con el rostro desencajado: “No queráis saber, hijo mío, cómo se ha puesto...Ha sido empezar yo a hablar de lo que vos sabéis y decirme: ‘Si no cierras la boca ahora mismo, vieja de mal agüero, recibirás de una vez por todas, lo que mereces’. De manera que tendré que intentarlo otra vez más adelante”. Al oír esto tuve una recaída, pero solo unos días más tarde entró la anciana exclamando: “¡Traigo buenas noticias!”, palabras que me devolvieron el alma al cuerpo. “Bien que he de recompensártelo”, le dije. La anciana se explicó: “Ayer estuve donde la joven, quien, al verme sin aliento y con los ojos hinchados me preguntó: ‘¿Cómo es que te veo tan alterada, abuela?’. Yo me eché a llorar y le dije: ‘¡Ay, niña y señora mía! El muchacho que tan enamorado está de vos y de quien hace bien poco os hablé se halla a las puertas de la muerte por vuestra causa’. Ella, entonces, con el corazón ablandado, me preguntó: ‘¿Y de qué conoces tú a ese joven?’. Yo le dije: ‘¡Pero si es casi hijo mío y fruto de mis entrañas! Os vio hace unos días en la ventana, mientras regabais, y no más veros esa cara tan hermosa que tenéis cayó rendido de amor. Luego, cuando le conté cómo os pusisteis el otro día, se agravó su estado y ya no hay quien lo mueva de la cama. ¡Ay, Dios! Ya no queda otra sino esperar su muerte...’ Con la expresión cambiada me preguntó: ‘¿Y todo eso por mí?’. A lo que yo: ‘Como os lo estoy contando, princesa... ¿Qué me ordenáis ahora?’. ‘Vete a verlo-dijo ella-, deséale lo mejor de mi parte, dile que yo estoy aún peor que él, y que el viernes que viene, antes de la oración del mediodía, llame a nuestra puerta; yo diré: ‘¡Abrid esa puerta!’, le haré subir, pasaremos un rato juntos y se marchará antes de que mi padre vuelva de la mezquita’.

- a. ¿Cuál es la enfermedad que padece el joven? Te puede ayudar el siguiente enlace:

http://materialesdelengua.org/LITERATURA/PROPUESTAS_LECTURA/ANTOLOGIA_EM_BAROOCO/amorpoesia/index.html



¹⁴ *Op. Cit., Vol. I*, “El cojo y el barbero de Bagdad”, Noche 28, p. 212.

Se cuenta que el sexto hermano del barbero fue invitado a un convite¹⁵:

EN CUANTO A MI SEXTO Y ÚLTIMO HERMANO, sepa nuestro señor, el Comendador de los Fieles, que se quedó sin labios porque se los cortaron. Era un hombre muy pobre, a quien ninguno de los despojos de este caduco mundo había tocado en suerte. Salió, pues, un día a mendigar algo que echarse a la boca, y, yendo por esos caminos de Dios, acertó a ver una suntuosa casa a la que daba acceso un espacioso sendero en cuesta, que desembocaba en una puerta flanqueada por criados, custodios y guardianes. Intrigado, preguntó mi hermano a uno que por allí estaba de quién era la mansión, y el hombre le dijo: “El dueño es de estirpe regia”. Se acercó mi hermano a los porteros, para pedirles limosna, y ellos lo sorprendieron al decirle: “Entra y obtendrás del amo lo que buscas”. Traspasó, pues, mi sexto hermano la cancela, y echó a andar por el empinado sendero. Llegó así al umbral de una mansión tan imponente y refinada como imaginarse pueda, en cuyo interior había un huerto insuperable. El suelo de la vivienda era todo de mármol, y las paredes estaba cubiertas de ricos tapices.

Sin saber adónde dirigirse, mi hermano llegó al centro de la vivienda y allí encontró a un hombre de agraciado rostro y cuidada barba, quien, al verlo llegar, se levantó, le dio la bienvenida le preguntó por su estado. Mi hermano se le quejó de sus penosas necesidades. Oír esto el amo y afligirse fue todo uno. Se echó mano de la túnica que puesta llevaba, la desgarró sin contemplaciones y preguntó en voz alta: “¿Puedo yo vivir tranquilo en ningún sitio sabiendo que tú estás pasando fatigas? Aguante me falta para soportar tal cosa”. Luego, después de augurarle lo mejor, añadió muy serio: “Para mí serás como el hermano de leche que a mi lado mama”. Mi hermano insistió: “No puedo aguantar más, señor, me muero de hambre”. El otro ordenó a uno de sus fámulos: “¡Tú, mozo, trae el aguamanil con su jofaina!”, y, dirigiéndose a mi hermano: “Acércate, querido mío, y lávate las manos”. Dicho lo cual comenzó el anfitrión a hacer los movimientos de quien se lava las manos, por más que ni una sola gota de agua recibiera. Luego ordenó a sus servidores que les pusieran la mesa; estos fueron y vinieron de un lado para otro, como si estuvieran verdaderamente poniendo una mesa y sirviendo de comer. El rico tomó a su invitado del brazo y lo sentó a su lado, ante aquella simulada mesa, y poco después ya estaba el hombre moviendo la mano y los carrillos como quien come. “Sáciate-le dijo a mi hermano-sin vergüenza ninguna, que el hambre es mala; bien sé yo las penalidades que estás sufriendo”.

El invitado se animó también a hacer como que comía, mientras su anfitrión le decía muy convencido: “No dejes, mientras comes, de apreciar la blancura de este pan”. Mi hermano se abstuvo de manifestar nada, pero se dijo para sus adentros: “Con un amante de las burlas me he ido a topar”, y luego, en voz alta, al amo de la casa: “Razón tenéis, señor: jamás en la vida he visto pan más blanco ni sabroso”. El otro explicó: “Me lo amasa y hornea una esclava que compré por quinientos dinares”, y luego, en voz más alta: “¡Tú, mozo, tráenos el *sikbach!*”, y, dirigiéndose de nuevo a mi hermano: “Verás qué asado de carne con vinagreta de miel: ¡bocado de reyes! Da buena cuenta de él, amigo mío, que quien ha pasado hambre ha de alimentarse bien”. Mi hermano puso todo su empeño en mover la mandíbula y fingir que deglutía. Su anfitrión fue pidiendo, uno tras otro, diferentes manjares, y, según fingía que iban llegando, le recomendaba a su casi desmayado huésped que no dejase de probarlo todo. (...) El amo le acercaba de vez en cuando la mano a la boca, o sea, a la boca de mi hermano, como si fuese a darle alimento en afectuoso gesto, y no paraba de enumerarle y describirle los suculentos

¹⁵ *Op. Cit., Vol. I, “El sexto hermano del barbero”, Noche 32, p. 235-237.*

manjares que, según él, estaban degustando, uno tras otro. Y el infeliz seguí tan hambriento que se hubiese dado con un canto en los dientes con solo tener a mano un mal mendrugo de pan de cebada.

El anfitrión insistió: “¿Has probado nunca mejores condimentos que los de este banquete?”. “Jamás en mi vida”, dijo el invitado, y el otro: “Pues come cuanto quieras, sin melindre alguno”. (...) Mi hermano pensó en su situación y en la burla que de él estaba haciendo aquel opulento fingidor, y se dijo a sí mismo: “Voy a hacer que se arrepienta ante Dios de su fechoría”. Pero su anfitrión aún tenía algo más que ordenarles a sus criados, y fue que les trajesen de beber. Una vez más los mozos movieron las manos en el aire aparentando que les preparaban el servicio del vino, y enseguida estaba el amo haciendo como si le escanciara una copa a su invitado: “Bebe, que no te arrepentirás”. “¿Qué generosidad la vuestra, señor!”, le dijo mi hermano y fingió beber con gran delectación. El ricachón le preguntó: “¿Te ha gustado?”. “Jamás he bebido nada igual”, fue la respuesta del desmayado huésped. “Pues sea a tu salud”, dijo el amo de la casa, mientras hacía como si bebiera él mismo y le sirviera una segunda copa a mi hermano. Este cumplió con parte de la burla y aparentó empezar a sentirse algo ebrio, y, entonces, en un descuido de su anfitrión, levantó el brazo hasta dejar ver el blanco de su axila y le asestó un manotazo en la nuca que resonó por toda la casa. Y, no contento con uno solo, le soltó a renglón seguido un segundo sopapo, que hizo saltar al amo de la casa: “¿Pero cómo te atreves tú, el ser más despreciable que los mundo habita?”. “Señor, no soy-contestó mi hermano- más que vuestro esclavo, a quien colmasteis de gracias al acogerme en vuestra casa, darme vuestro viático y escanciarme vino añejo; esclavo que, bajo los efectos de la embriaguez, ha perdido el dominio de sí atentando contra vos y contra vuestra excelsa posición; mas no me lo tengáis en cuenta porque no sé lo que me hago”. Al oír estas palabras, el rico se rio de buena gana y explicó: “En el largo tiempo que llevo chanceándome de unos y de otros, riéndome hasta de los más pintados y sinvergüenzas, no me he topado con nadie, salvo tú, que haya sabido aguantar mi burla hasta el final ni tuviera ingenio bastante para responder a todas mis ocurrencias. Por supuesto que te perdono y, además, te invito a que ocupes un puesto en mi mesa, pero en la de verdad. No quiero que te apartes de mi lado”.

- a. Resume cómo acaba la historia. ¿Qué significa *chancearse*?
- b. El cuento se parece a “El traje nuevo del rey” que incluyó don Juan Manuel en *El conde Lucanor*, y a *El retablo de las maravillas* de Cervantes, así como, a *El traje nuevo del Emperador* de Andersen. ¿Por qué? Razona tu respuesta. Consulta:

<http://ciudadseva.com/texto/lucanor32-el-rey-y-los-picaros/>

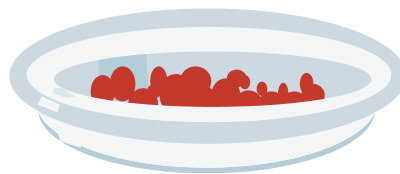
http://www.cervantesvirtual.com/portales/miguel_de_cervantes/obra-visor-din/entremes-del-retablo-de-las-marauillas--0/html/ff98db1c-82b1-11df-acc7-002185ce6064_5.html#I_0

<http://ciudadseva.com/texto/el-traje-nuevo-del-emperador/>

Consulta también la versión moderna que de este tema tradicional hicieron *Els joglars*:

<https://www.youtube.com/watch?v=5oJDSQmZM2w>

- c. El cuento también presenta similitudes con el del Lazarillo de Tormes y el escudero. Consulta este enlace y explica por qué: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-vida-de-lazarillo-de-tormes-y-de-sus-fortunas-y-adversidades--0/html/fedb2f54-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html#I_6



En las *Mil y una noches* hay numerosas historias de pícaros, como las de Dalila la Bribona, o la de Alcanfor, el negro mentiroso¹⁶:

SABED HERMANOS, que era yo un garzón de solo ocho años, pero ya me las arreglaba para echarles a los negreros un embuste al año, con la intención de que acabaran enfrentándose entre sí. Harto de aquello, me confió mi dueño a un corredor para que me pusiera y en venta. “Aunque-decía el hombre-, ¿quién va a comprar a este esclavo, con el defecto que tiene?”. “¿Y qué defecto tiene?”, le preguntaban. “Pues que cada año-dijo él-echa un embuste”. Con todo, un mercader se acercó al corredor y le preguntó: “¿Cuánto cuesta este esclavo defectuoso?”. “Seiscientos dírham”. “Ahí van, más veinte para vos”. Cobró el corredor su corretaje y me envió a casa del mercader. Este me dio la ropa que me correspondía, y con él permanecí hasta que comenzó el año nuevo, y empezó bien, y bien siguió, pues fue año de bendiciones y fértil en frutos del campo. Tenían aquellos mercaderes la costumbre de reunirse para comer, y cada vez era uno el que convidaba. Le llegó así el turno a mi amo, quien invitó a los demás a comer en un huerto de la localidad, al que acudieron todos y adonde llevó la comida y cuanto podía ser menester. Se sentaron juntos, comieron, bebieron y disfrutaron de la sobremesa hasta el mediodía. Mi amo entonces echó de menos algo que había dejado en casa y me dijo: “Esclavo, móntate en la mula, ve a casa, dile a mi esposa que te lo dé y vuelve enseguida”. Le obedecí y salí hacia la casa y, cuando ya estaba cerca, me puse a gritar. Todos los vecinos, grandes y pequeños, salieron a ver qué pasaba, y mi ama y sus hijas, que también me habían oído, abrieron la puerta y me preguntaron a qué venía tanto alboroto. Contesté: “Estaba mi amo sentado junto a un muro viejo, con sus compañeros, y se les ha caído encima. Al ver lo ocurrido he montado en la mula y he venido a avisaros”. Cuando la mujer e hijos todos de mi amo oyeron mis palabras, comenzaron a gritar y a darse bofetadas, mientras acudían los vecinos. Mi ama la emprendió con los enseres de la casa, que amontonó unos encima de otros, vació las repisas, rompió los platos y las ventanas, y cubrió las paredes de barro y tinte añil, mientras decía: “¡Pero bueno, Alcanfor!¿Es que no me vas a ayudar a dismantelar las alacenas, a romper toda la vajilla y la porcelana?”. De modo que me uní a ella y la ayudé (...)Salió luego el ama a la calle con la cara descubierta, pero tocada, seguida de sus hijas e hijos (...) Eché a andar gritando: “¡Ay, de mi amo!” (...)”¡Qué desgracia la nuestra, qué calamidad!”(...) Fueron todos a la residencia del gobernador y le dieron la noticia. El hombre montó en su cabalgadura, reunió a un grupo de hombres provistos de palas y espueetas, y se unieron todos al nutrido cortejo que yo encabezaba llorando, gritando, echándome tierra en la cabeza y abofeteándome la cara. Cuando por fin entré en el huerto y me vio mi amo, me preguntó con el rostro demudado, por el sobresalto: “¿Qué es,

¹⁶ *Op. Cit., Vol. I*, “El segundo esclavo”, Noches 38 y 39, p. 271-273.

Alcanfor?, ¿por qué vienes así?, ¿qué es lo que ha pasado?”. “¿No me enviasteis-dije yo- a casa para que os trajese lo que os hacía falta? Pues he ido y, nada más entrar, he visto que la pared de la sala se ha hundido toda sobre el ama y vuestros hijos”. Mi amo preguntó: “¿Y tu señora, la abuela, se ha salvado?”. “Nadie se ha salvado- repuse-, y la primera que ha muerto ha sido la señora”. “¿Y mi hija pequeña?”. “No, tampoco”. “Y la mula que suelo montar, ¿está bien?”. “No, amo, las paredes de la casa y las del establo han sepultado a cuantos en la casa estaban, incluidas las ovejas, las cabras y las gallinas, y ahora son todos un amasijo de carne bajo los escombros, de modo que no ha quedado ser vivo alguno”. “¿Y tampoco tu señor, el abuelo?”. “No, os digo que nadie se ha salvado. La casa es un montón de ruinas, todos sus habitantes se cuentan ya entre los bienaventurados, y de los restos de ovejas, cabras y gallinas están dando buena cuenta los gatos y los perros”. Cuando mi amo oyó mis palabras, las luces se le volvieron sombras; perdió el dominio de sí y, como le fuera imposible levantarse, se quedó donde estaba, con la espalda corva como un lisiado. Se rasgó la ropa, se arrancó a puñados pelos de la barba, se abofeteó la cara y tiró al suelo su turbante. Con tal ímpetu la emprendió consigo mismo que la sangre comenzó a chorrearle por la cara, mientras gritaba: “¡Ay de mis niños!, ¡ay de mi mujer!, ¡qué calamidad! ¿Quién ha pasado por lo que yo estoy pasando?”. Sus compañeros, los mercaderes, se unieron a sus gritos (...) Salió luego mi amo del huerto, como embriagado, y redoblando la intensidad de las bofetadas que a sí mismo se propinaba. Detrás de él venían sus amigos, los mercaderes, quienes vieron enseguida la gran polvareda y el griterío que venían formando los que llegaban también lamentándose, o sea, el gobernador con los suyos, la muchedumbre de curiosos que se les había unido, por ver en qué quedaba todo aquello, y, desde luego, la familia y vecinos de mi amo, que venían desgañitándose y deshechos en el más doloroso llanto. Y no tardó mi amo en distinguir entre el gentío a su esposa y a sus hijos. Al verlos, se echó a reír pasmado por la sorpresa, (...) “¿Y cómo-le preguntó él-estáis todos vosotros y la casa?”. La mujer repuso: “¿Nosotros? Todos sanos y sin novedad, y la casa, pues como siempre...Lo único es que vuestro esclavo Alcanfor ha llegado con la cabeza descubierta, la ropa hecha trizas y dando grandes voces: ‘¡Ay, mi señor!’” (...) y, al preguntarle (...) nos ha dicho: “Estaba mi amo sentado junto a un muro, se le ha venido encima y ha muerto”. Mi amo les contestó: “Pues a mí acaba de decirme a grandes voces: ‘¡Ay de mi ama!, ¡ay de los hijos del amo!’, y luego, al preguntarle yo, me ha dicho: ‘Mi señora y vuestros hijos han muerto todos’.”

Dicho lo cual miró mi amo a su alrededor y me vio no muy lejos (...) Me dio una voz, me acerqué a él y me gritó: “¡Ay de ti, esclavo maldito, hijo de la gran puta, me cago en tus muertos! ¿Qué fechoría es esa? Pero descuida, que voy a desollarte y arrancarte la carne de los huesos...” Yo le repliqué: “No podéis hacerme nada porque me comprasteis sabiendo cuál era mi defecto y con esa condición, y los que estaban presentes en el momento de la compra testificarán contra vos. ¿O es que no os dijeron que tengo costumbre de echar un embuste al año? Y mirad que lo de hoy ha sido solo media mentira, de modo que, antes de fin de año, puedo todavía soltar la otra media y así completar la que suelto cada año”.

- a. Busca *alcanfor* en el diccionario. ¿Cuál es el origen de esta palabra? ¿Crees que es un nombre adecuado para este personaje?
- b. ¿Por qué el protagonista podría ser calificado de *pícaro*? ¿Cómo definirías la palabra *pícaro*? Consulta: <http://roble.pntic.mec.es/msanto1/lengua/1picaro.htm>
- c. Consulta en el siguiente enlace 3“La comicidad responde a una caída de nivel” y 4“La ética de lo cómico” y aplícalo al cuento anterior: <http://cerezo.pntic.mec.es/~alopez84/curso/modulo1/lecti23.html>



Miscelánea de textos, las *Mil y una noches* contiene también algunas batallas entre ejércitos musulmanes y cristianos¹⁷:

Tremoló entonces el estandarte más temible, las naciones chocaron contra las naciones, y brotaron los ríos de sangre. Todo estaba, pues, listo, para que el juez de la guerra, que jamás es parcial, dictara sentencia. Los valientes saltaron a la arena con los pies firmes, mientras que los cobardes querían ya volver las espaldas y rendirse. Sin que ni ellos mismos se lo pudiesen creer, retrocedió el día ante el avance de las oscuras sombras del atardecer. Pero aún siguieron combatiendo hasta que hubo caído sobre ellos la noche con su turbiedad. Tocaron entonces los infieles los tambores que llamaban al desasimiento. Garib no se avino a ello, y acometió a los paganos, y a su zaga fueron los creyentes monoteístas. Muchas fueron las cabezas que separaron de los cuellos, muchas las manos y las espinas que aplastaron, muchas las rodillas y tendones que destrozaron, muchos los jóvenes y maduros que aniquilaron. Con las primeras luces estaban ya resueltos los infieles a dejar el combate, y, cuando rompió por completo la claridad del alba, se daban por vencidos y salían huyendo. Los creyentes en el Dios único no les dieron, con todo, descanso, pues los persiguieron hasta el mediodía. A más de veinte mil hicieron prisioneros, que trajeron con las manos atadas a la espalda.

- a. ¿Por qué puede ser este texto calificado de *épico*?
- b. Compara este texto con la escena del *Mío Cid* (versos 710-725) que encontrarás en este enlace: http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/texto-modernizado-del-cantar-de-mio-cid--0/html/0175c3aa-82b2-11df-acc7-002185ce6064_7.html

Del mismo modo, numerosas narraciones se inscribirían en las *Mil y una noches* dentro del subgénero llamado *speculum principis*, como la siguiente¹⁸:

SE CUENTA, PERO DIOS LO SABRÁ MEJOR, que hubo un rey de los persas, amante del ejercicio y el aire libre, de la caza y la montería, que tenía un halcón adiestrado del que no se separaba ni de día ni de noche. Tan es así que dormía con el ave apoyada en su muñeca, y, cuando salía de caza, lo llevaba siempre consigo, provisto de una taza de oro que le pendía al ave del cuello, para que de ella bebiera. Pues bien, estaba un día el rey tranquilamente sentado cuando el maestro cetrero se presentó ante él y le dijo: “Majestad y señor de nuestra era, es hora ya de salir de caza”. El rey se aprestó para partir, y se colocó, como solía, el halcón en la muñeca. Empezaron la marcha y llegaron a una torrentera donde plantaron la red, en la que no tardó en caer una gacela. El rey exclamó: “¡A quien la deje escapar lo mato!”. La gacela en ese instante se alzó sobre sus cuartos traseros y dobló los delanteros bajo su pecho, como si

¹⁷ *Op. Cit.*, Vol. III, “Garib y Ayib”, Noche 641, p. 256.

¹⁸ *Op. Cit.*, Vol. I, “El rey Sindbad”, Noche 5, p. 74.

quisiera besar el suelo ante el soberano. Este fue a inclinarse entonces sobre el animal que, dando un salto por encima de la cabeza del rey, huyó perdiéndose de vista por los matorrales. El soberano se volvió hacia sus hombres y se dio cuenta de que estaban haciéndose señas y mirándolo a él: “Ministro, ¿qué están murmurando esos?”. El ministro contestó: “Repiten lo que vuestra majestad ha dicho, que quien deje escapar a la gacela hallará la muerte”. “Por mi propia cabeza juro-repuso el rey-que le daré alcance y volveré con ella”. Y, no bien lo hubo dicho, salió en persecución de la gacela y no se detuvo hasta alcanzarla. El halcón voló hacia la presa y comenzó a darle picotazos en los ojos hasta dejarla ciega y sin sentido. Por su parte, el rey tiró la maza, le acertó y el animal cayó derribado. El ilustre cazador desmontó, degolló la gacela, la desolló y la colgó del arzón de su silla. Era-prosiguió el rey Jonán-la hora más calurosa del día, y el lugar, un secarral donde no había ni gota de agua; el rey tenía sed y también su caballo. El soberano dirigió la vista hacia un punto y vio un árbol del que goteaba una suerte de grasa derretida; se acercó y, con la mano enguantada en cuero, tomó la taza que pendía del cuello del halcón y la llenó con aquel líquido que se acercó a la boca. El ave le dio un golpe a la taza con el pico y la volcó. Tomó el rey de nuevo la taza, que volvió a llenar, y, creyendo que el halcón también tenía sed, se la ofreció, pero el ave hizo lo mismo: darle con el pico y volcarla. Irritado con el halcón, el rey tomó por tercera vez la taza y se la ofreció a su caballo, pero el halcón volvió a volcarla, ahora con un ala. El soberano exclamó: “¡Dios te confunda, ave de mal agüero! ¡Me has impedido beber a mí, luego a ti mismo y por último al caballo!”, y de un golpe de espada le cercenó las alas al halcón, que levantó la cabeza, como si quisiera indicarle: “¡Mirad lo que hay sobre el árbol!”. El rey alzó en efecto los ojos y vio que sobre el árbol había una serpiente, y que lo que se derramaba era su veneno. El rey, arrepentido de haberle cortado las alas al halcón, se puso de pie, montó su caballo y, cargando con la gacela, regresó al lugar donde habían plantado la red, y una vez allí le lanzó la carne del animal al cocinero. “¡Toma, prepárala!”, le ordenó. Hecho lo cual, se sentó en su silla con el halcón en las manos. El ave soltó un estertor y murió. El rey gritó entonces de pena y de dolor, por haber matado al halcón que lo había librado de una muerte segura. (...) Cuando el ministro hubo oído las palabras de su señor, le preguntó: “¿Y qué he dicho yo para que su egregia majestad se lo tome tan a mal? Lo único que me mueve es mi inquietud por la suerte que podáis correr. Considerad, mi señor, que, si me hacéis caso, os salvaréis, y, si no, pereceréis como pereció el ministro que quiso engañar a cierto príncipe”.

- a. ¿Qué nos enseña el cuento?
- b. ¿Cuál es el *narrador*? ¿Cuál es el *narratario*?
- c. En realidad, es el rey Jonán el que se lo explica al ministro, celoso de los logros del sabio Royán, pero éste a su vez le enseñará al rey por medio de otros cuentos o *exempla*. ¿Qué son los *speculum principis*? Consulta el siguiente enlace: http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/antiores/noviembre_07/23112007_01.htm
- d. ¿Cuál es la *historia marco* del anterior cuento? ¿Qué tiene en común con *El conde Lucanor*? Consulta: http://www.materialesdelengua.org/LITERATURA/PROPUESTAS_LECTURA/PROS_A_MEDIEVAL/condelucanor.htm

Shahrazad le cuenta historias a Shahriar para entretenerlo y para que no la mate. Duniyazad, la hermana de Shahrazad, no para de alabar sus historias y de animarla para que siga contando, mientras Shahrazad asegura que vale la pena seguir escuchando porque la siguiente historia será, sin duda, aún mejor que la anterior. Lee lo que en la Noche 148 le confiesa el sultán a Shahrazad y razona luego si las *Mil y una noches* no podrían ser también un *speculum principis*¹⁹:

-Con tu relato, Shahrazad, me animas a romper muchas de las ataduras de mi señorío, y a arrepentirme del mal que he hecho al quitarles la vida a tantas mujeres y jovencitas...



Lee los consejos que le da el ministro Nureddín a su hijo, esta vez en verso²⁰:

“Voy a darte, pues, cinco consejos. El primero es que no trates a nadie con familiaridad, y así te librarás del mal que de otros procede, pues, en efecto, en el aislamiento estriba la salvación. A un poeta oí decir:

No hay nadie que merezca tus afectos,
ni amistad fiel que no destruya el Tiempo.
De estar tú solo aprende a disfrutar;
mejor consejo no te puedo dar.

El segundo es que a nadie ultrajes, no vaya a ultrajarte a ti la vida, pues si un día es venturoso, enseguida lo sucede otro desfavorable, y los bienes de este bajo mundo son un préstamo que habremos de devolver intacto. Recuerda estos versos:

Calma, refrena tus pasos,
y hazte ejemplo de buen trato.
La maldad siempre se paga,
pues del señor nadie escapa.

El tercero es que sepas guardar silencio, y te ocupen tus propios defectos y no los ajenos; bien dicen que quien guarda silencio se zafa de muchos males, y a un poeta oí decir:

¹⁹ *Op. Cit., Vol. II*, “La mujer y el pastor”, Noche 148, p. 21.

²⁰ *Op. Cit., Vol. I*, “Nureddín y su hermano Shamseddín”, Noche 2º, p. 160-161.

El silencio es ornato, de la salvación la tabla,
y, cuando hayas de hablar, mide bien tus palabras
Si de algo haber callado te arrepentiste un día,
más son de lamentar palabras proferidas.

El cuarto es que te guardes mucho de los licores, pues el beber es padre de las discordias y ocasión propicia para perder el juicio. Sobre ello se ha dicho lo siguiente:

Desde que decidí dejar el vino
no paran los más rectos de alabarme.
El vino te desvía del camino
y te arrastra a un sinfín de disparates.

El quinto y último consejo, hijo mío, es que guardes tus riquezas para que ellas a ti te guarden , y no malgastes tu dinero, no sea que tengas que pedirselo a otros. Sobre esto dijo el poeta:

Muchos son los amigos de quien gasta,
que se van si a su fin llega la plata.

- a. ¿Qué es un *aforismo*? ¿Crees que se podrían considerar aforismos las máximas anteriores? Razona tu respuesta.
- b. Consulta los siguientes enlaces y escoge algún aforismo de *El discreto* (1646) de Baltasar Gracián (a partir de la página 256) y, contemporáneamente, de Jorge Wagensberg. Justifica tu elección: <http://www.revistadefilosofia.org/13El discreto.pdf>
http://cultura.elpais.com/cultura/2015/02/02/babelia/1422876301_621019.html